

CAPÍTULO III.

De la lectura de los libros peligrosos en materia de Religion.

I. *Los libros malos no pueden causar daño alguno á la Religion en sí misma.*

En el capítulo anterior hemos insinuado que los libros nocivos á la Religion, que con tanta profusion salen de las prensas de Inglaterra, Holanda ¹ y otros países que llaman libres, y pasados los mares y montes llegan á nuestras provincias, son una fatalísima semilla de infeccion. Por lo mismo creemos necesario detenernos algun tanto en este punto, por ser el último entre los *manantiales de la impiedad* de que nos propusimos tratar en esta obra. Lo que esperamos servirá de preservativo á los inocentes, desengaño de los sencillos y confusion de esos hombres atrevidos que ansian y pretenden, como se verá despues en el capítulo siguiente, se debe permitir el libre curso y despacho á toda especie de escritos, sean cuales fueren. La Religion cristiana es tan firme, que no teme asaltos enemigos. Cuantas obras se han publicado contra ella desde que compareció en el mundo hasta nuestros dias, lejos de debilitarla no han servido sino de hacer mucho mas patente su verdad. No teme desaffos ni exámenes, disputas ni discusiones, sea lo que quiera lo que opongán los libertinos. Está apoyada sobre aquellos castos eloquios ó palabras del Señor, probadas y vueltas á probar hasta siete veces en el fuego, del que siempre han salido mas puras y acendradas. No habrá hombre de juicio que pueda señalar un sofisma inventado por los

¹ Hoy debemos añadir la Francia, donde en estos últimos años con la libertad de imprenta se ha llegado hasta el extremo; y lo mismo será en todos los países libres. Lo que experimentamos entre nosotros en las dos épocas de trastornos, no nos deja lugar á dudar que esta es la arma poderosa del impio.

incrédulos antiguos ni modernos, que haya debilitado en algun modo nuestros dogmas, y á que no se haya respondido una y cien veces. El que dijere lo contrario mentira descaradamente, ó se declararia en el hecho falso hasta de los primeros conocimientos.

II. *Pero lo pueden causar á los lectores que no conocen á fondo y no aman su Religion.*

Pero si la Religion en sí misma es superior á todo ataque, no lo es igualmente en el espíritu de todos los que la profesan. ¿Entienden por ventura todos los Cristianos con claridad los fundamentos de su fe, y pueden dar razon de ella? Dése una ojeada, por no decir otros estados, hácia el sexo débil, considérese la juventud, mirese la máxima parte de los que componen el gran mundo; y se les oirá á cada paso decir que no son teólogos; es decir, que no tienen mas conocimiento de su Religion que el que simplemente basta para que se puedan llamar Cristianos ó aprendieron en su niñez en el Catecismo¹, pero no aquella ciencia que se penetra rectamente de los dogmas, comprende el conjunto y enlace de ellos entre sí, y puede en la ocasion defender la verdad y sus derechos contra el que osase desdorarla ó impugnarla. No queremos insistir por ahora mas que en este punto, por desgracia demasiado cierto y conocido; pero á vista de él, díganos todo hombre de juicio ¿qué podrá ó deberá suceder á semejantes personas cuando por curiosidad, ó vanidad ó voluptuosidad se entregan á la lectura de unos libros en que con el arte mas seductor, y la mas refinada malicia, se excitan cuestiones sobre los puntos mas delicados de la Religion, se impugnan dolosamente sus máximas por cuántos medios puede el infierno sugerir, y se pone en ridículo la Religion? No es este á la verdad un problema que exija un ingenio sutil para resolverse. ¡Ah! beberán el veneno sin advertirlo, por que como inexper-

¹ Si es que no lo han olvidado, como frecuentemente sucede con las gentes del gran mundo, figurándose acaso neciamente que bastó aprender una vez los rudimentos de la fe: como si no hubiese obligacion de saberlos siempre.

tos no saben distinguir bien entre el error y la verdad, se irán acostumbrando á las palabras y conversaciones profanas, y dando lugar á los sofismas seductores; estos vicarán insensiblemente su corazón, y se hallarán repentinamente transformados en Materialistas, Deistas y Libertinos casi sin haber advertido esta transformación. Sé muy bien que la anticipada y feliz persuasión que mamaron con la leche á favor de la Religión, es bastante á sostenerlos por algún tiempo adictos á la fe, aunque acaso se sientan molestados de dificultades, y enredados entre argumentos á que no saben responder. Pero también es cierto que esta fe decaerá, y de ahí á poco será menos constante; y la anticipada y feliz persuasión, atacada por la apariencia de los argumentos contrarios, vendrá presto á mirarse como preocupación de la niñez, y últimamente será abandonada y desechada.—Aun mas: careciendo, como hemos dicho, de la que se llama *Ciencia de la Religión* para disolver los sofismas en que se hallan envueltos leyendo libros perversos, lo único que podría mantenerles firmes todavía en su creencia sería el amor de la misma Religión, que es lo que llamamos *pia afición de credulidad*. ¿Mas cómo podemos suponer domina este amor en los que se complacen en la lectura de unos libros en que esta Religión es indignamente vilipendiada, y su divino autor con un odio interior burlado y escarnecido? No se diga que la complacencia en tal lectura nace de la elegancia del estilo y de la vivacidad de los pensamientos de que están llenos sus escritos. ¿Qué hijo verdaderamente amante de su madre puede oír con paciencia, y menos con placer, lacerar su honor, aunque la sátira con que se la hiera esté compuesta con la más seductora elocuencia? Hallándose pues las personas de quienes hablamos despojadas de ciencia con que rebatir los errores contrarios á la Religión; faltándoles el piadoso afecto hácia ella y á su autor, ¿qué efectos podrá causar en sus espíritus una lectura temeraria, ciega y apasionada? El que desgraciadamente muestra una fatal experiencia, á saber, que al principio vacilarán en la fe, despues serán indiferentes en orden á ella, y últimamente se transformarán en libertinos decididos y descarados.

III. *Este daño se promueve poderosamente por medio de los artificios de que se sirven los escritores libertinos.*

Así indispensablemente debe ser, aun atendido solamente el carácter de los lectores, que inexpertos y poco amantes de la Religión se complacen en la lectura de aquellos libros en que esta se ve escarnecida é impugnada. Mas si añadimos á esto el carácter de los incrédulos y escritores libertinos, que emplean de ordinario los artificios mas sutiles y mas fraudulentos para deslumbrar al entendimiento y pervertir el corazón de quien tiene la desgracia de leerlos, ¿qué sucederá? Demos alguna idea de estos artificios.

IV. *El primero es fingir moderacion y respeto á las verdades de la Religión. Ejemplo tomado de Rousseau en el Discurso sobre la desigualdad de los hombres.*

No se crea que desde un principio declaren ellos la guerra abiertamente contra Dios, el Evangelio y la moral. No: esto horrorizaria demasiado¹. Por lo comun afectan cierto aire de honestidad; aparentan y aun protestan altamente un sumo respeto á estos grandes objetos, en cuyo favor saben está el mundo prevenido. Pero despues de haber lisonjeado y casi asegurado con este cebo engañoso, segun y como van engolfándose en la obra, solapadamente van sembrando y esparciendo los errores; y á las fingidas promesas y declaraciones de respeto á la Religión y al Evangelio, hacen suceder blasfemias venenosas é impugnaciones de uno y otra, en que empapándose insensiblemente el incauto lector, se encuentra sin pensarlo contagiado.—Rousseau, por ejemplo, en el principio de su célebre *Discurso sobre el origen y fundamentos de la desigualdad de los hombres*, cita con respeto los libros de Moisés y dice²:

¹ Por desgracia pasó este tiempo aun para algunos, y en estos últimos años hasta en los titulos han llevado la impudencia de declararse abiertamente contra toda creencia y virtud, especialmente contra la pureza y honestidad.

² *Discurso sobre el origen de la desigualdad, etc.*

« que dándoles la fe que debe prestarles todo filósofo
 » cristiano, es preciso negar que los hombres hayan
 » existido jamás en el que se llama *estado de naturaleza*.
 » La Religión, añade luego, nos manda creer que, ha-
 » biendo el mismo Dios sacado á los hombres del estado
 » de naturaleza, son desiguales, porque Dios ha querido
 » que lo fuesen¹. Pero no nos prohíbe formar conjetu-
 » ras de sola la naturaleza del hombre, y de los seres
 » que le rodean, sobre lo que pudiera haber sido del
 » género humano si hubiese quedado abandonado á sí
 » mismo. » Completamente : mas ¿para aquí? no. Des-
 » pues de estas especiosas declaraciones, con las que pa-
 » rece asegurar de su buena fe, entra en materia, y aban-
 » donando el aparente respeto y el carácter de simple
 » conjeturador, levanta la voz, y con tono decisivo dice ;
 » Hé aquí, ó hombre, cualquiera que sea tu país, y
 » cualesquiera que sean tus opiniones, hé aquí tu histo-
 » ria, cual he creído leerla, no en los libros de tus se-
 » mejantes, que son falaces y engañosos, sino en la Na-
 » turalidad que no miente jamás². » ¿Y cuál es en efecto
 » esta historia del hombre sacada de la consideracion de
 » su misma naturaleza? Píntanoslo en su primer estado
 » solitario y salvaje al pié de una encina ó á las orillas de
 » un rio, desnudo, desarmado, y en guerra continua con
 » las fieras. Sin idioma, sin ideas, sin sociedad, sin leyes,
 » sin Religión y sin Dios. No se hallan en él mas que sen-
 » saciones, y los movimientos animales que son consi-
 » guientes. Los únicos bienes que desea son la comida, el
 » sueño y la unión de cualquiera mujer, que la casualidad
 » le ofrece, á la cual acaricia y abandona luego sin pen-
 » sar en ella, ni en la prole. Esta, después de nacida y
 » tirada del seno de su madre, es abandonada en un
 » bosque, para imitar el instinto de los brutos, de los
 » cuales únicamente se distingue por la *libertad y capa-
 » cidad* de llegar á ser racional. Hé aquí la *historia* de la
 » primera condicion del hombre *leída en la naturaleza que
 » nunca miente*; y escrita seria y gravemente por un fi-

¹ La Religión nos manda creer que la presente desigualdad tuvo su origen en la primera culpa del hombre.

² *Loco citato*.

lósofo cristiano que protesta respetar los *sagrados Libros de Moisés*, y creer lo que acerca del primer estado del hombre *nos manda la Religión*. ¿Puede darse armonía mas singular? — Pero oigámosle todavía mas. Segun el mismo Rousseau esta fué la edad de oro del hombre, en la cual aunque no sepa fijar precisamente cuánto tiempo, pero seguramente perseveró por largos siglos el género humano. Mas despues cuando por su desgracia el hombre empezó á desbastarse algun tanto, é imitando las cuevas de las fieras se fabricó alguna especie de choza, se acogia á ella con su mujer é hijos; y de aquí nació una especie de comercio con sus semejantes que se conservaba por señas y roncós ahullidos. Estos fueron los primeros principios de la sociedad (á la que segun esta *historia* no tenia destinado al hombre la naturaleza, sino á vivir salvaje), la cual despues, pasando este hombre animal de que hablamos por una metamorfosis milagrosa del grado de sensitivo al de racional, con la invencion (funesta) de las artes, con el descubrimiento inconcebible del lenguaje, y con el mutuo trato creció y se confirmó. Llegado á este estado, y despojándose de aquella augusta, majestuosa y *celeste simplicidad* de que habia gozado viviendo como bruto entre los brutos; bien pronto se desenvolvieron las pasiones, y de ahí nacieron las disensiones mutuas, las riñas, las guerras, y el mundo se vió próximo á su ruina. Entonces puntualmente fué cuando los hombres mas fuertes y astutos inventaron « ciertas reglas, cuya observancia seria ventajosa á la » sociedad. Y á la colección de estas reglas, dice Rous- » seau, se dió el nombre de *ley natural*, sin mas razon » para ello que la utilidad que de la observancia comun » resultaria á la sociedad¹. » De este modo perdió el hombre la libertad natural, se hizo esclavo de las leyes, y se sujetó á la obediencia de lo que se llama *derecho natural*, y abraza los deberes personales, sociales y religiosos : deberes todos inventados, segun este admirable historiador, por el capricho de hombres astutos y sagaces, sin mas guia que las conveniencias arbitrarias, y la utilidad que de su observancia se podria prometer

¹ *Ibid.* en el Prefacio.

la sociedad. Tal es en compendio la historia del hombre desde su origen hasta nuestros dias leida por Rousseau en la *Naturaleza que nunca miente*, escrita con la mas seductora elocuencia, y adornada de episodios y reflexiones las mas extrañas y maravillosas.

A esta simple pero verídica exposicion, cualquiera que haya saludado los primeros principios de la teología natural y revelada, no podrá menos de ver en este romance, no solo una directa oposicion á la verdadera historia del hombre, que nos ofrece Moisés, el mas antiguo y el mas veraz de los escritores, sino trastornadas tambien y destruidas todas las ideas que de Dios y del mismo hombre nos dan juntamente la fe y la razon. Se ven hollados todos los fundamentos de la Religion y de la sociedad. Se ve una hipótesi, no como quiera caprichosa, sino repugnante: una pintura que se finge nuestra, y diametralmente se opone á la naturaleza: y para decirlo de una vez, se ve

Un hombre que procura,
A fuerza de razon, dar en locura.

Lo que ya en otra parte hemos expresamente demostrado, y podrá sólidamente probar el que hubiere leído esta obra. Mas no sucederá así seguramente á todos aquellos á cuyas manos llegare el libro de Rousseau. Me persuado fácilmente no habrá uno que llegue á pensar tan bajamente de sí mismo, que no se horrorice al oír que descendiendo por línea recta de brutos y salvajes; y ver á su especie envilecida por tantos siglos; pero los otros errores capitalísimos de que hierve todo el *Discurso*, no inspiran en todos el mismo odio y horror, porque después de haber oído á este filósofo que sus conjeturas no están prohibidas por la Religion, y que emprendió su obra lleno de respeto á los libros de Moisés; ó no creerán que son errores, ó á lo mas juzgarán que es una hipótesi imaginaria, y opiniones indiferentes; aunque en realidad contrarias á toda verdad y ley.

V. Otro ejemplo del mismo autor tomado del *Emilio*.

Pero mas seductor aparece aun este artificio del filósofo

sofo ginebrino en el *Emilio*, ó sea *tratado de la educacion*. Después de haber hablado en él de la Religion natural, de la que se declara profesor; y haber esparcido sobre la Religion revelada las tinieblas del Pirronismo, que hemos disipado en otra parte; inopinadamente llega á hablar del Evangelio, y hace de él un elogio que verdaderamente no puede darse mas noble ó mas grandioso. Copiaremos algunos periodos en muestra de él. «Con-
» fieso, dice ¹, que la majestad de las Escrituras me sor-
» prende; y la santidad del Evangelio habla á mi cora-
» zon (*¡qué devoción!*). Registrad los libros de los
» filósofos con toda su pompa, ¡qué pequeños son al lado
» de éste! ¿Y sería posible que un libro al mismo tiempo
» tan sublime y tan sencillo fuese obra de los hombres?
» ¿Es posible que aquel cuya historia nos refiere, sea un
» puro hombre? ¿Acaso es aquel el tono de un fanático,
» ó de un sectario ambicioso? ¡Qué mansedumbre! ¡Qué
» inocencia en sus costumbres! ¡Qué gracia tan pene-
» trante en sus instrucciones! ¡Qué sublimidad en sus
» máximas! ¡Y qué sabiduría tan profunda en sus
» discursos!... ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio
» que sepa obrar, padecer y morir sin debilidad y sin os-
» tentacion?... Si la vida y la muerte de Sócrates son
» de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un
» Dios. ¿Diremos que la historia del Evangelio está in-
» ventada á placer? No: no es así como se inventa; no
» es ese el estilo del que finge; y las acciones de Sócrates,
» de las cuales nadie duda, no son tan auténticas
» como las de Jesucristo... Mas difícil sería concebir que
» muchos hombres de acuerdo hubiesen compuesto este
» libro, que el que uno solo sea el sugeto de él. Los es-
» critores judíos jamás hubieran encontrado aquel estilo
» y semejante moral. El Evangelio tiene caracteres de
» verdad tan grandes, tan sensibles, tan manifiestos, tan
» imposibles de imitar, que el inventor sería mas admira-
» ble aun que el héroe mismo.» Hasta aqui Rousseau.
¡Cuán grande es la fuerza de la verdad, que pudo arrancar de este hombre semejante testimonio! ¡Pero cuán grande no es tambien la malicia ó la debilidad del hom-

¹ *Emilio*, t. 3.

bre! Despues de este elogio tan completo con que celebra como divino al Evangelio, pues diciendo que no puede ser *obra de los hombres*, se sigue que es obra de Dios, casi á renglon seguido escribe así: « Con todo eso este » mismo Evangelio, está lleno de cosas increíbles que » repugnan á la razon, y que es imposible al hombre » de juicio concebir y creer ¹. » Despues de aquellas palabras, ¿quién podria esperar ahora semejante pensamiento? Pero lo que á mí me parece es que todo hombre de juicio, despues de haber leído estos pasajes, no puede menos de quedar sorprendido, y dudar de la penetracion ó de la honradez de este filósofo. Porque ó cree verdaderamente que el Evangelio es un libro *divino*, ó no. Si cree que es divino; diciendo despues que contiene cosas repugnantes á la razon, pone á Dios en contradiccion consigo mismo, pues que es no menos autor de la razon que del Evangelio. Aun mas: hace á Dios autor de la mentira, pues es mentira lo que repugna á la razon. Aun mas: si cree ser divino el Evangelio, y dice que contiene cosas *increíbles*, y á que no *puede asentir un hombre de juicio y de razon*, niega á Dios ó la sabiduría, ó la verdad, ó la autoridad que le haga digno de que un hombre de juicio dé crédito á sus palabras. Estas son demostraciones tan claras y palpables como lo pueden ser las de Euclides. Así que no es creible las ignorase Rousseau, sin que dudemos al mismo tiempo de su talento y penetracion. Mas si nuestro filósofo no creyese que es divino el Evangelio, aunque con tales y tan completos encomios lo aplaude como tal, seria añadir la impostura á la impiedad; carácter indignísimo de un hombre de honor. No sé en verdad qué se pueda responder á este dilema.

Pero en fin, volviendo á nuestro asunto, de cualquiera modo que esto sea, con todo eso, la mayor parte de aquellos á cuyas manos llegare el Emilio, ó no advierten esas contradicciones, ó no reflexionan en ellas. El magnífico elogio que hace el filósofo del Evangelio los deslumbra de manera, que beben con seguridad el veneno que viene por su mano. En fin, se les hace muy sensato

¹ *Ibid.*

el partido que inmediatamente les aconseja, y es: « con- » servarse modestos y circunspectos entre estas contra- » dicciones; respetar en silencio lo que no se podria » negar ni comprender, y humillarse delante del Sér su- » premo, que es el único que sabe la verdad ¹. » Que es puntualmente el *escepticismo* á que él confiesa haberse reducido. Este, lo repito, parecerá á los lectores sencillos un expediente muy sabio; sin advertir los incautos, que es el punto de vista á donde el escritor se proponia conducirlos para hacerlos impíos por excelencia. Cuando el hombre está persuadido que Dios ha hablado, ya el *escepticismo* no tiene lugar; y permanecer dudoso sobre sus palabras, equivale á ser enteramente incrédulo. No negarlas ni asentir á ellas, no es circunspeccion, sino incredulidad; y la incredulidad á la vista de Dios, que no solo sabe la verdad, sino que la dice, es lo sumo de la impiedad.

VI. *Método falaz y perverso con que tratan los libertinos las materias de Religion. Segundo artificio suyo.*

Despues de haber hablado del primer medio con que los incrédulos procuran envolver en la red á los incautos, aparentando respeto á la Religion, que despues, contradiciéndose á sí mismos, impugnan descaradamente, de lo que tenemos ejemplos no solamente en Rousseau, sino generalmente en todos los otros autores de su clase, pasemos á hablar del segundo artificioso engaño de que se valen, y que ordinariamente no advierten los sencillos lectores. Este es seguir en las materias y disputas de Religion un método enteramente distinto del que en puntos de tanto interés debiera abrazar un hombre de honor, y amante de la verdad. El punto céntrico, principal y único del que dependen todos los demás, y todas las cuestiones tocantes á Religion, es saber si Dios ha hablado ó no á los hombres; es decir, si ha revelado ó no la Religion cristiana. Establecido esto, queda establecido todo lo demás; porque á un Dios por esencia veraz, bueno y sabio, ¿quién no lo ha de creer?

¹ *Ibid.*

En el lib. 2º de los *Fundamentos de la Religion*¹ creemos haber, después de los demás escritores católicos, demostrado este punto fundamental con un género de pruebas tal que no admiten contestación. Fijada esta base esencial, inferimos ya con una certeza que puede decirse geométrica, que todos los dogmas de la Religion cristiana, aunque sean superiores á la razon, y á todo humano entendimiento, son ciertísimos: todas las leyes que se hallan en los santos Libros son justas: todas las historias, que en ellos se refieren, verdaderísimas. Por consiguiente creemos, y justamente con razon, que todos cuantos argumentos se pueden hacer contra nuestros dogmas, todos son sofismas; cuántas excepciones se puedan inventar contra nuestras leyes, todas son inicuas, y cuantos monumentos, escritores y testimonios opuestos á lo que se lee en nuestras Escrituras puedan hallarse, todo es mentira y falsedad; así que como blason propio nuestro, y como epílogo de nuestra seguridad, erigimos aquellas breves palabras: *Dios solo es veraz, y todo hombre falaz*. Con este solo escudo embotamos todos los tiros. Esta es la repulsa general que damos á todos los asaltos de nuestros adversarios, ni ellos pueden pretender solucion particular á sus argumentos, sino en el caso que hallasen una demostracion geométrica de la imposibilidad de nuestros misterios, ó de la falsedad de nuestras máximas; lo que ni han hecho hasta ahora, ni lo harán jamás. Por lo que respecta á las otras objeciones deducidas de la dificultad, inconvenientes, incomprendibilidad, pretendidos absurdos y otras semejantes, mil veces ya disueltas y desvanecidas, no merecen sino desprecio, porque no pueden, no como quiera superar, sino ni contrapesar de modo alguno la fuerza de la demostracion *á priori* de nuestros dogmas, tomada de la infalible palabra de un Dios, cuya revelacion invictamente hemos probado. Hé aquí un método tan claro y tan sencillo, como firme é inexpugnable para que nada podamos temer. Así en efecto lo conocen los escritores libertinos, y braman por ello de furor; y por lo mismo, lejos de atacarnos directamente dentro de

¹ Y en el t. 3 de esta *Bibl.*, lib. 3, cap. 3 y sig.

esta trinchera, respondiendo á las pruebas de la divina revelacion, pasan de ordinario sobre este punto como *sobre carbones encendidos, sin atreverse á posar el pié*, segun la frase de uno de ellos: y solo avanzan cuando mas á esparcir algunas dudas, ó á exagerar dificultades, como, segun hemos observado, ha hecho Rousseau. Por otra parte su estudio principal es apartar la atencion de los lectores de este punto cardinal en que conocen estriba todo, distrayéndolos y entreteniéndolos en otras mil cosas tan distantes del asunto, como capaces de seducir y engañar. Unos, por ejemplo, resucitan las historias de los Chinos, y las antigüedades egipcias, á fin de oscurecer con ellas la época de la creacion del mundo, ó negar la universalidad del diluvio: á veces traen de ilustrar algunos pasajes de Diodoro, Tácito ó algun otro antiguo, para desmentir las historias que refiere Moisés: lo que parece ser el primer objeto de la *Filosofía del buen sentido*. Otros se ensangrietan con sátiras venenosas contra los sagrados ministros y nuestros ritos, para vilipendiar por este medio y poner en ridículo la Religion. Y es uno de los principales argumentos de las *Cartas Judías*, y aun puede decirse casi comun á toda la hez de folletistas modernos. Otros sindican y llaman á juicio nuestra moral sobre el *matrimonio, celibato, perdon de las injurias*; y abusando del *cálculo y máximas políticas* ponen todo empeño en desacreditarla. Así el autor de las *Costumbres*, Helvecio, Rousseau y otros semejantes. Otros exageran las dificultades de nuestros misterios, por si pudieran hacerlos creer contrarios á la razon. En lo cual se distinguió Pedro Bayle con toda la turba de sus plagiaris y analizadores. Ultimamente hay algunos que, dejando el estilo serio y grave que corresponde á lo augusto de la materia, derraman á manos llenas la sal cáustica del ridículo sobre los objetos mas santos y augustos, desatándose en dichos y bufonadas impías, lisonjeándose haber abatido la verdad de que han formado sobre ella un epigrama que excita la risa en los viciosos y corrompidos. En lo que lleva á todos la palma Voltaire¹. Caen por desgracia estas obras en manos de los jóvenes de

¹ Véase en la pág. 51 el castigo de este nuevo Libanio.

uno y otro sexo, de las damaspreciadas de eruditas, de otras personas de mundo, y arrastradas del mágico atractivo del lenguaje, se saborean en su lectura, se enredan y envuelven en sus sofismas, y como no están bien cimentados en la Religión, ni por otra parte la aman, y las pasiones gritan muy alto, su fe vacila, titubean, y..... ¿Cómo esto? ¡Ah! si estuvieran bien penetrados de lo que es la Religión, si la hubieran estudiado, si tuvieran un exacto y profundo conocimiento de ella, se reirían de la vanidad de tales sofismas, verían que todos ellos, desde el primero hasta el último, han sido mil veces examinados y disueltos; sabrían que todos están fundados sobre arena movediza, pues ni juntos ni separados tocan el punto cardinal de la controversia, que es la revelación divina, la cual permaneciendo fija é inmóvil sobre solidísimas demostraciones, con un soplo se desvanecen todas las sofisterías de los libertinos. Porque si Dios ha hablado, y es el autor de la Religión cristiana, todos los sarcasmos contra sus máximas son blasfemias, los argumentos contra sus misterios sofismas, los cálculos y la política opuesta á su moral ilusion vana, las sátiras contra sus ritos y ministros imposturas, y todas las crónicas y monumentos chinos, egipcios, griegos y romanos, que discordan de nuestros sagrados libros, vanos comentarios, ficciones, mentiras. Però como todo esto lo ignoran regularmente estas personas, las cuales, aunque se hayan dedicado á otros estudios, en nada menos han pensado que en el de la Religión, ceden fácilmente á las artificiosas falacias en contrario, y se dejan inducir en la incredulidad, arrastrados de ese subdolo y perverso método de disputar, que á todo hombre sensato demuestra la futilidad de tales libros, y la perversidad y mala causa de los que se valen de estos medios.

VII. *Tercer medio: arrojo y osadía en pronunciar los errores. Ejemplos de Voltaire.*

Però no es menos seductor y perjudicial á los lectores sencillos otro artificioso medio bastante frecuente entre los libertinos, y es la osadía y petulancia en pronunciar

sus errores y publicar imposturas. Aquel tono firme y seguro sin titubear, y ese aire imperioso de decir, abate á los espíritus débiles, y les hace conceptuar al escritor como un hombre superior á todo el género humano, y en cuya presencia nadie se atreverá, no como quiera á contradecir ó responder, mas ni á respirar. Sería sumamente fácil producir muchos ejemplos de esta clase; haré solo mención de alguno brevemente. Voltaire, despues de haber ultrajado como supersticiosos á los filósofos y doctores que defienden como un dogma importante de la Religión natural y revelada la *espiritualidad del alma*, ó sustancia que piensa, vuélvese contra ellos, y en tono de dictador: « ¿Qué dirían estos, añade ¹, si ellos fuesen » los verdaderamente culpables de irreligion? Pues así » es: y en efecto, ¿qué hombre habrá que se atreva á » asegurar, sin una impiedad enorme, que es imposible » al Criador comunicar á la materia el pensamiento? » — ¿Puede pronunciarse con mas descaro un despropósito mayor? Ya demostramos su enormidad cuando manifestamos que el objeto de la omnipotencia de Dios no son las *esencias*, sino las *existencias* de las cosas; y que así como sin impiedad, y antes bien exacta y sabiamente se dice que Dios no puede hacer que un triángulo sea redondo, así con la misma exactitud se dice tambien que no puede comunicar á la materia el pensamiento, ó por decirlo mejor, que la materia no es capaz de semejante afección. Però ¡ ha! ¡ cuántos serán los lectores de las obras de aquel poeta que entiendan bien esta doctrina, para rebatir el sofisma que él pronuncia con tanto descaro y arrogancia! Este tono decisivo confunde enteramente al ignorante, y al verle hablar con tanta seguridad, en su dictámen Voltaire tiene razon. ¿ Se quiere otro ejemplo del mismo poeta, y en la misma materia? Hélo aquí. En medio de una nube de citas con que hace alarde de su vasta erudición de los nombres de los autores filósofos y teólogos de los tiempos antiguos y modernos, prorrumpe en este oráculo: « Por lo que hace á » los Padres de la Iglesia ², muchos en los primeros siglos, » digo muchos (nótese bien esta repetición) creyeron que

¹ Carta 13 sobre M. Locke. — ² *Ibid.*